



El *boom* de los noventa: cuando la literatura infantil uruguaya cambió para siempre

The boom of the 1990s: when Uruguayan children's literature changed forever

DOI: <https://doi.org/10.22235/d.v0i27.1504>

Sebastián Rodríguez López



Sebastián Rodríguez López
Universidad Católica
del Uruguay
Montevideo, Uruguay
s.rodrieguezlopez@outlook.com

Recepción: 19/10/2017
Aceptación: 08/11/2017

RESUMEN:

Este reportaje investiga los cambios que se dieron en torno al libro infantil en la década del noventa en Uruguay: la forma de pensar al libro desde un punto de vista ético y estético, la manera de contar historias, los temas sobre los que escribir, la importancia de las ilustraciones, el auge de las ventas y el nuevo lugar de la literatura infantil en la cultura uruguaya. Asimismo, este trabajo busca reunir en una misma historia las voces de los diferentes protagonistas de ese cambio, que sentó las bases para el modelo actual de libro infantil. En este sentido, no solo se abordan las transformaciones, sino también las diferentes batallas que debieron librarse para combatir varias convenciones y estructuras obsoletas, en un Uruguay que comenzaba a dejar atrás la dictadura.

Palabras clave: periodismo narrativo; entrevista; literatura infantil; cultura.

ABSTRACT

The aim of this interview is to investigate the changes around children's books in the 1990s in Uruguay: a way of conceiving the book from an ethical and aesthetic point of view, the way of telling stories, their subjects, the importance of illustrations, the increase of sales and the new place of children's literature in the Uruguayan culture. Likewise, this paper seeks to bring together the voices of many protagonists of that change, that set up the current model of children's books. In this sense, not only transformations are tackled, but also the different battles that took place to re-found several conventions and formalities, in a country that was leaving many years of dictatorship behind.

Keywords: narrative journalism; interview; children's literature; culture.

Allí comenzó todo

Los acontecimientos importantes suelen suceder en lugares también importantes. Por lo general, con el tiempo, esos lugares suelen ser envueltos en la nebulosa de un museo o abrazados entre asignaciones llenas de palabras que suenan interesantes, como “Monumento histórico nacional”, “Patrimonio cultural de la humanidad” o placas brillosas que anuncian “Aquí se planeó la revolución...”. Sin embargo, tal no es el caso del sitio en el que se gestó uno de los acontecimientos más importantes de la cultura uruguaya: cuando la literatura infantil cambió para siempre.¹

La Sala Infantil de la Biblioteca Nacional ya no existe. Era un espacio de libertad que surgió durante la última dictadura y que fue arrasado en plena democracia. Y, aunque hace más de treinta años que la sala cerró sus puertas, la revolución que dio sus primeros pasos entre aquellas paredes no pudo detenerse.

La idea del coronel que estaba a cargo en aquel entonces era la de crear una generación de niños que no le tuviera miedo a la Biblioteca Nacional, recuerda la bibliotecóloga y maestra Ana María Bavosi, que, con cierta razón, es descrita por muchos como “la loca por los libros infantiles”. Bavosi fue la gran impulsora del *boom* de la literatura infantil en los noventa; no solo fue la persona que dio tinta a los grandes escritores infantiles contemporáneos, sino que también fue la mente que trazó los caminos renovadores que hoy dan vida al libro infantil.

La sala se inauguró el 26 de mayo de 1978. Se asentó en un subsuelo casi olvidado en el que antes funcionaba una imprenta. Al entrar, lo primero con lo que uno se topaba era con un salón pintado de anaranjado y amarillo; allí funcionaba la sala de lectura, que estaba dividida en tres zonas. Por un lado, había una gran separación para los más chicos, con una mesa redonda y cubos de colores. Por el otro, las otras dos separaciones

Foto de portada:
Cecilia Vidal

1 :: Este texto forma parte de un Trabajo Final de Grado (Universidad Católica del Uruguay, 2017). El autor realizó una edición del material a los efectos de su publicación en *Dixit*.

reunían información y recreación, para que los niños pudieran leer o estudiar. Además, había otros sectores más pequeños dedicados a una amplia diversidad de revistas, a autores nacionales y hasta uno especial para temas como la educación sexual.

Bavosi, que tras renunciar a Magisterio se presentó ante la Biblioteca Nacional con su título de bibliotecaria, fue elegida para comandar el proyecto. “Se juntaron en un mismo espacio físico todos aquellos libros infantiles a los que había aspirado, con total libertad de elección de títulos. Nunca se me cuestionó qué poníamos allí adentro. Paradójicamente, en plena dictadura había un espacio de libertad para leer”, señala la también escritora (A. M. Bavosi, comunicación personal, mayo de 2016). Al hablar, la nostalgia se reparte entre su mirada y el tono de sus palabras. Su figura parece suspendida entre lo distante de sus recuerdos y el silencio de los libros en los estantes de la Escuela de Bibliotecología: “No es justo que los niños de las generaciones posteriores no tengan acceso a algo como la Sala Infantil. Somos muy frágiles de memoria en este país y todo lo bueno que se hace alguna vez, cuando se pierde, por alguna razón, se olvida”.

El promedio diario de niños nunca bajaba de los 150 o 200. Tres bibliotecarias y una funcionaria administrativa conformaban el equipo de Bavosi para atender los dos turnos: en la mañana se recibía a dos grupos y en la tarde, a veces, hasta tres. Aceptaban lectores desde edad preescolar, aunque llegaron a tener niños de dos años. En este sentido, tuvieron que idear una estrategia para que la gente no tomara el lugar como una guardería. Así, establecieron que los niños podían quedarse solos por un plazo máximo de dos horas, siempre y cuando existiese una justificación.

De pasar de recibir algunos pocos niños, tras hacer tímidas invitaciones a las escuelas, se encontraron con

agendas muchas veces saturadas ante los insistentes pedidos de las maestras para coordinar fecha y hora. A eso se le sumaron los préstamos a domicilio y el paulatino aumento de lectores que venían por cuenta propia desde todas partes de Montevideo. Bavosi recuerda aquellos días como el inicio de una aventura: “En ese lugar me presentó sus primeros ejemplares Susana Olaondo. Me vinculé a Sergio López Suárez. Roy Berocay iba con sus hijos. Por alguna razón, empezó a aparecer gente”.

De las hadas a los sapos

Si se reflexiona desde la realidad actual, pocas veces se es consciente de que el modelo contemporáneo de libro infantil se gestó hace poco más de treinta años. Incluso los protagonistas de ese cambio consideran que debería decirse que *empezó* hace menos de tres décadas, porque aquel fue solo el comienzo.

Por aquel entonces había una literatura enfocada en los niños, pero quizás el asunto estaba en que, en el fondo, esas obras no estaban pensadas para ellos, sino que habían sido escritas para que siempre existiese un adulto entre el libro y el pequeño lector. Eso implica un nivel de producción que no pone su atención en el lector final, sino en alguien más. A eso se le sumaba el desfase que había entre Uruguay y otras partes del mundo. En este sentido, Bavosi considera que en ese momento había un “gran abismo” entre lo que tenían los niños y lo que estaba disponible en otros lados: “Eso para mí era un gran dolor”.

El deseo de cambiar estaba en el aire. La posdictadura había traído una necesidad renovadora, una empecinada idea de querer hacer las cosas diferentes y marcar un quiebre definitivo con la reciente y oscura historia. En ese marco, el libro infantil fue uno de los mundos al que un grupo de incipientes artistas se abocó a construir desde cero.

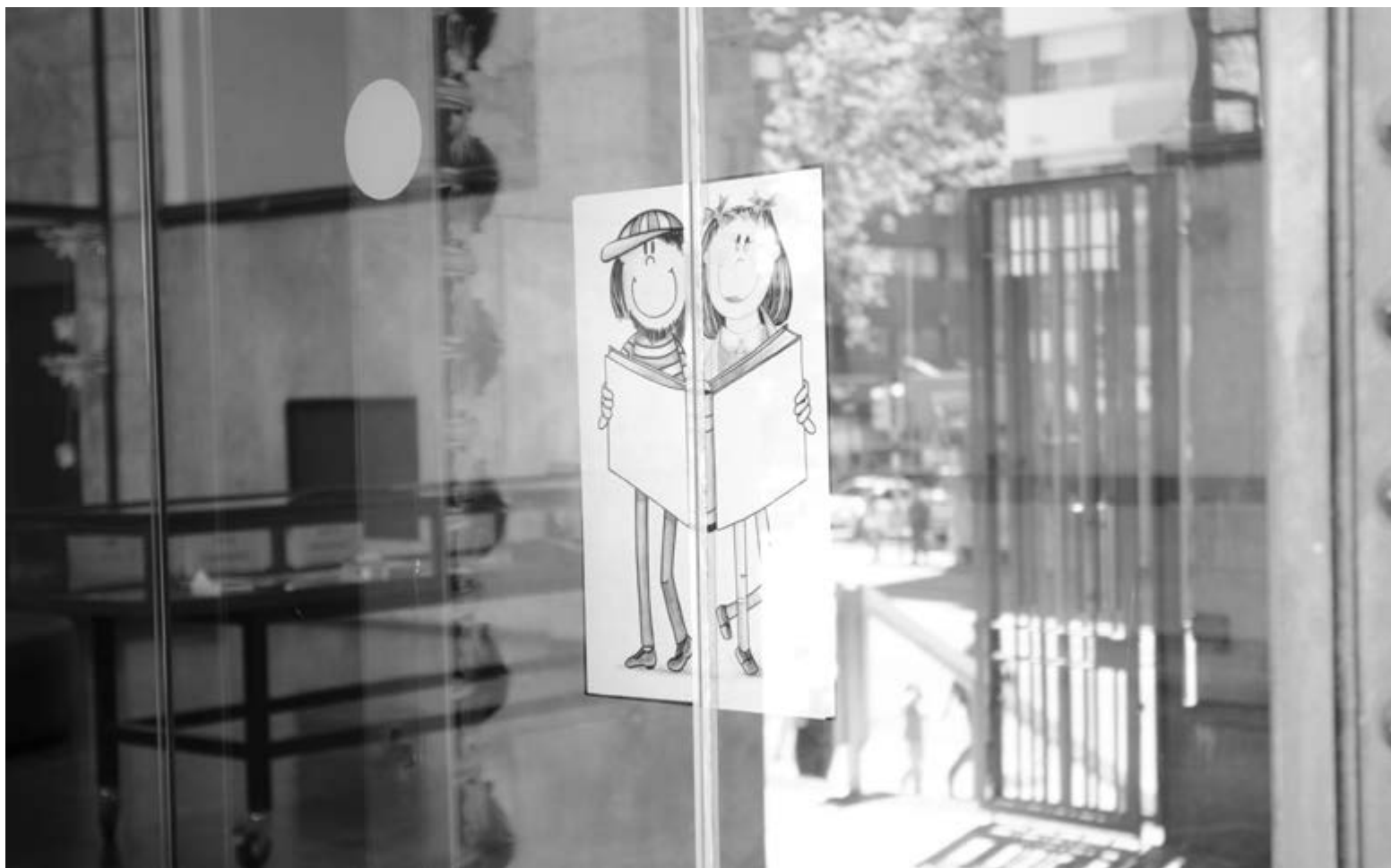


Foto: Cecilia Vidal

“Siempre digo que todo esto se dio porque había un grupo de gente que estaba en un lugar justo y en el momento exacto, y produjo algo para lo cual había un vacío y una enorme necesidad: no había literatura infantil uruguaya en ese momento”, afirma el escritor Roy Berocay (comunicación personal, agosto de 2016).

De esta forma, “poco a poco se iba imponiendo la convicción de que la lectura tenía que ser para las niñas y niños una experiencia placentera y feliz, y que no era lo mismo darles a leer cualquier cosa, que más valía un libro bueno que veinte mediocres y que era preferible contar con treinta libros de cuentos distintos que con treinta libros de lectura iguales”, señala la escritora y maestra Magdalena Helguera en su libro *A salto de sapo* (2004, p. 19).

Las cuestiones a cambiar eran varias. Por un lado, quería cortarse de raíz con los libros en blanco y negro, con letra apretada y poco llamativos. Si todo lo que rodeaba a los niños estaba asociado a los colores y a la diversión, ¿por qué los libros no? Comenzó a crecer la idea de que los libros no eran solo letras: tenían que tener ilustraciones que fueran tan importantes y llamativas

como las propias historias. Hasta ese momento, las pocas imágenes que aparecían en las páginas eran en blanco y negro, y de diminutas dimensiones.

También estaba el asunto de las historias en sí mismas. Por aquel entonces, la mayoría de los libros para niños versaban sobre las clásicas historias de hadas, príncipes, héroes y aventuras en lejanos países. Aunque les resultaran fascinantes, todas eran muy lejanas a la realidad de sus vidas. Eran historias antiguas que, en su mayoría, estaban adaptadas de narraciones para adultos. Así, se erigió la idea de pensar y hacer libros uruguayos para niños uruguayos.

Otras de las grandes batallas era la de desarraigar el imperativo de que los libros infantiles tenían que enseñar algo. “Algunos son terriblemente cursis y pueriles o pesados hasta el bostezo, otros no se entienden o sencillamente están mal escritos, la mayoría son manuales didácticos con un barniz de ficción, muchos condenan la fantasía, ahogan la creatividad y las ansias de libertad”, entiende Helguera (2004, p. 182). Así, la lucha contra el didactismo levantaba sus primeras armas.

Ese era el diagnóstico, la situación de la que se partía. Pero Bavosi tenía muy claro hacia dónde quería ir: “Desde 1962, por mi trabajo en la biblioteca del Cran-don, comencé a vincularme con la literatura infantil americana e inglesa. Cuando yo les mostraba a los niños uno de esos libros maravillosos, con tapa dura, a todo color, el impacto de la historia más la imagen era increíble. Y eso es lo que quería: pensar el libro como objeto ético y estético; o sea, calidad literaria, pero también una presentación estética que atrajera”.

Así como Bavosi tenía este proyecto, varias personas —que hoy se han convertido en referentes de la literatura infantil— tenían el deseo de hacer algo diferente, aunque muchos ni siquiera fueran conscientes de ello. Susana Olaondo, Sergio López Suárez y Roy Berocay fueron algunos de los reclutados por “la loca por los libros infantiles” para llevar adelante su idea.

Todos a sus puestos

En 1987, Ana María Bavosi se alejó de la Sala Infantil de la Biblioteca Nacional. Sin embargo, su pasaje por ese lugar le sirvió para armarse de los soldados que la ayudarían en su misión: cambiar por completo el libro infantil uruguayo. Las discrepancias pueden resultar ser una base para grandes acuerdos. Así fue como Bavosi se enfrentó por primera vez al trabajo de Sergio López Suárez: “Me acuerdo que pensé: ‘Esto no puede ser’”.

Banda Oriental había sacado unos fascículos que reunían varios cuentos infantiles de autores nacionales como Quiroga y Morosoli. Venían impresos con la tapa a color, pero seguían conservando aspectos que los ataban al modelo hasta entonces clásico: letra apretada y distribuida en dos columnas, ilustraciones escasas y muy poco color. Bavosi estaba convencida de que los pequeños lectores “merecían algo más suelto” pero, hasta entonces, los editores se aferraban a la idea de que si ellos habían crecido leyendo libros de ese estilo, los niños tenían que seguir por ese mismo camino.

No obstante, en esa colección de libros Bavosi se encontró con quien se transformaría en uno de sus más fieles aliados: “Ella me llamó porque vio el libro y le gustó lo que había ilustrado y me pidió que la asesorara en la parte gráfica. Le dije que sí, que estaba encantado de hacerlo. Y ahí nos pusimos a trabajar en lo que después vimos que era un cambio sustancial en la literatura uruguaya”, señala López Suárez, ilustrador y también escritor (comunicación personal, julio de 2016).

Encabezar la dirección de la Sala Infantil comenzó a posicionar a Bavosi como una referente. De esta forma, en varias oportunidades, hacia fines de los noventa, fue convocada como jurado de los Premios Bartolomé Hidalgo. En una de esas oportunidades, en la terna final de la categoría Libro Infantil se encontraba un autor que había llegado con dos de sus obras: Roy Berocay. Sin embargo, y aunque con doble chance, el ganador fue otro: Esteban Stancov.

“El otro era el clásico libro de cuentos en medio del campo, y obviamente no gané. Ana María, que había votado por mí, quedó muy enojada con el resto del jurado. Vino y me dijo que no había sido justo, que lo mío era renovador y ahí me invitó a ir a la Sala Infantil”, apunta Berocay. A veces los cambios son difusos y con las fronteras demasiado largas, pero hay otras en las que las revoluciones tienen nombre y apellido: *Sapo Ruperto*.

“Yo voté por el *Sapo* y me lo bocharon. Eso es lo más grave: cuando aparece algo diferente siempre hay un ‘no’. Pero bueno, ahí me acerqué a Roy y le dije que quería que me mostrara más cosas, porque ese sapo era fantástico. Así me quedé vinculada a él, que estaba con su gran amargura porque confiaba muchísimo en su libro. Ese es el asunto: cuando vos rompés una estructura... es muy jorobado”, comentó Bavosi. De esta forma, ella “empezó a pinchar a la gente y a reunirlos”, según las palabras del autor del *Sapo Ruperto*, y se empezó a conformar un grupo de personas preocupadas por la literatura infantil, incluidos varios ilustradores y autores.

Su partida de la Sala Infantil la dejó sin trabajo. Sin embargo, el grupo que dijo adiós a la Biblioteca Nacional estaba decidido a hacer algo con ese deseo de cambiar. Así, Bavosi y sus compañeras, en lo que recuerda como “una movida muy valiente”, formaron su propio espacio con el objetivo de capacitar maestros para “hacer leer” cosas diferentes. Estaban los soldados. Estaba la inquietud por hacer algo diferente a todo lo demás. Había un espacio que llenar y un mundo por construir. Y en 1990 llegó la oportunidad: “Sabiendo que yo podía tener una propuesta para cambiar el sector infantil, me llamaron de Mosca. Y ahí empezó el gran cambio”.

Efervescencia

Catorce libros. Ocho escritores y, en varios casos, también ilustradores. Una mujer decidida a encabezar una importante renovación editorial. Y un país que, pese a ciertos conservadurismos, buscaba abrirles los brazos a los nacientes movimientos de cambio: “Queríamos que los niños tuvieran la posibilidad de crecer con otro tipo de libros”, comenta Bavosi.

La década del noventa en Uruguay puede resumirse en una palabra: “efervescencia”. Así lo afirma el historiador e investigador de la Biblioteca Nacional Julio Osaba (comunicación personal, agosto de 2016). El mundo se reorganizaba tras la caída del Muro de Berlín. El presidente Luis Alberto Lacalle ponía en práctica sus políticas de corte liberal, mientras que, en la capital, el intendente de Montevideo, Tabaré Vázquez, comenzaba a imponer la impronta de la izquierda en las calles. Las cosas eran muy diferentes a como lo habían sido tan solo un par de años atrás.

Hubo una apertura de la economía, aparecieron nuevas tarjetas de crédito y la llegada de los *shoppings* llevó paulatinamente a una mercantilización de la vida social. Los nuevos medios de pago trajeron consigo una generalización del consumo, porque todos podían comprar, especialmente la clase media, explica Osaba.

De esta forma, creció la oferta de productos nacionales en muchos sectores. En el caso de Mosca Hnos., que por aquel entonces tenía su propia editorial, se apostó a presentarle al mercado una colección de libros diferente e innovadora, en pos de aprovechar la nueva capacidad de consumo.

El grupo estaba seguro de lo que pretendía, pero no quería salir al mundo con algo improvisado. Así, Bavosi aprovechó la experiencia de Mosca Hnos. para emprender la renovación: “Mosca tenía una historia de editorial infantil muy vinculada a la Iglesia, muy al texto religioso, pero tenía. Con Sergio López nos pusimos a trabajar en la idea de largar libros para niños, pero con la condición de que fueran a todo color y con una propuesta”. Por su parte, López Suárez tenía claro que “el proyecto editorial era el de despertar las posibilidades, mirar la cantidad de caminos” que se tenían.

De esta forma, entre 1990 y 1992, se editaron catorce libros en el marco de la colección *Leer para disfrutar y pensar*. La lista incluía: *El misterio de la caja habladora* (ilustrado por Eduardo Mayans) y *Pateando lunas* (con ilustraciones de Rosina Revello), ambos de Roy Berocay; *Adivina qué es*, escrito y también ilustrado por Susana Bava; *Derechos de la naturaleza, Haciendo monadas, En el barrio y ¿Cómo nacen los libros?*, escritos e ilustrados por Sergio López Suárez; *Mi ciudad*, escrito e ilustrado por Eduardo Mayans; *La tía Merelde, Te lo dije Nino y Olegario*, escritos e ilustrados por Susana Olaondo; *Retratos*, escrito por Julián Murguía e ilustrado con fotos familiares; *José Juntacosas*, escrito e ilustrado por Rosina Revello; y *Fiesta de disfraces*, escrito e ilustrado por Horacio Cassinelli.

Aunque Bavosi era la encargada de orientar cada una de las publicaciones, López Suárez tenía la visión más estética: “Hicimos unos libros muy locos”. En este sentido, por ejemplo, el artista explica que *Derechos de la naturaleza* tenía el lomo horizontal y no vertical, lo que ya era todo un cambio. En *Haciendo monadas*,

por otra parte, el lector pasaba las páginas y la misma ilustración iba cambiando; eran como cortinas que se abrían: de esa forma, de acuerdo a lo que decía el texto, cambiaba el dibujo.

Cada libro tenía su propuesta, su estilo y su forma de acercarse al niño. Pero todos tenían algo en común: querían combatir esa literatura infantil que trataba a los lectores como si fuesen niños imaginados por un adulto que no tuvo infancia.

Cuentos, no cuentitos

Sábado por la tarde. Al llegar al Montevideo Shopping, la escena hace pensar en ese fin de semana previo a Navidad, cuando la gente se agolpa a los centros comerciales para cumplir con los pedidos de las cartas escritas por los niños (y los no tan niños). Sin embargo, lo que en realidad sucede es que al día siguiente se celebra el Día del Niño. En una de las librerías del abarrotado centro comercial dialogan una mujer de unos sesenta años, con el pelo largo y canoso, lentes grandes y transparentes, y un joven vendedor, que no pasaría de los veinte años: “La maestra siempre me dice que quiere que él lea más, por eso se me ocurrió regalarle un libro. Pero no de esos de superhéroes y esas cosas, para eso ya tiene el bendito aparatito. ¿Cuál puede ser? Como es para niños, imagino que lo mejor es que sea uno de esos que tienen historias con enseñanzas y esas cosas, ¿no?”. El joven responde con un “claro que sí, le voy a mostrar varias cosas”, y los dos se van hasta el fondo del local.

Podría tratarse de una escena ocurrida en la década del noventa, pero tuvo lugar en pleno 2016. “El maldito didactismo todavía existe. Eso de que un libro tiene que servir para el programa escolar”, comenta Bavosi, y agrega: “A veces vienen y me dicen que quieren un libro que sea instructivo, que deje valores. Cuando un padre joven me mira y me dice eso, lo primero que le respondo es: ‘Nene, ¿y cuáles son tus valores? No los busques en un libro, los valores se los enseñás vos. Sos su modelo’”.

El equipo tenía claro que luchar contra el didactismo no sería tarea fácil. Roy Berocay, por ejemplo, admite que se trata de una batalla continua, que “no puede dejar de pelearse”. “No te digo que soy el enemigo número uno, pero ando ahí. Lo que a mí me molesta no es que haya cosas didácticas, sino que se engañe al niño. Si vos hacés un libro que se llama *Aventuras en la casa de Juanito*, y después el libro le enseña a Juanito a ordenar el cuarto y a lavarse los dientes, vos le estás mintiendo. No me gusta que se le mienta al niño, que se le baje la línea o se le trate de enseñar cosas sin avisarle previamente, sin que sea explícito en el título, la tapa o donde tenga que ser”, reflexiona el escritor con enojo.

Casi a la par de la publicación de los primeros libros dirigidos al público infantil, se expandió el imperativo de que los textos para niños tenían que enseñar algo. Valores, conocimientos, consejos o cualquier otra cosa que les pudiese resultar de utilidad, ya sea para su infancia o para su posterior adultez. A simple vista, jugar, vincularse con otros y con otras cosas, también traen consigo sus propios aprendizajes, por lo que el libro no tiene por qué ser la única fuente de enseñanza. Y eso es lo que el grupo renovador intentó defender, explicar y combatir: un libro para niños no tiene por qué enseñar algo.

Más allá de las claras convicciones de cada escritor o ilustrador, existía una razón que se fundamentaba en algo más que una lucha sentimental: los niños también tienen derecho a consumir productos culturales cuyo valor estético y ético haya sido contemplado a la hora de su concepción y realización.

La literatura infantil no debe ser juzgada por sus valores pedagógicos, sino por sus valores estéticos, reflexiona Helguera en diálogo con la revista *¿Te cuento?* (citada en Guzmán, 1999, p. 9). En este mismo sentido, Berocay agrega que cuando se escribe para adultos, o se hace una película para ese público,

se tiene especial cuidado con las cuestiones artísticas. Así, entiende que el niño tiene el mismo derecho que los adultos a que se haga una película, se escriba un libro o se componga música para ellos teniendo en cuenta un sentido artístico.

Y aunque esa batalla comenzó a gestarse en los noventa, también tiene sus soldados en la actualidad. En el silencio de su oficina en el edificio de Penguin Random House, el editor Leroy Gutiérrez hace una pausa y se ríe: “Los libros no tienen por qué enseñar absolutamente nada” (comunicación personal, setiembre de 2016). “Creo que esa insistencia en la enseñanza, hasta cierto punto, ha matado parte de la calidad de muchos libros para niños. Trae problemas de calidad cuando, por ejemplo, se cree que el libro tiene que enseñarle al niño a respetar a sus padres, a portarse bien, a comerse toda la comida. Eso es irrespetuoso. A mí me fastidiaría y me sentiría ofendido si empiezo a leer un libro que me está tratando de convencer de lo bueno que es comer lechuga”.

A pesar de los intentos y de los logros, la reivindicación del didactismo sigue instalada en padres, libreros, maestras y medios de comunicación. En aquel entonces, el objetivo de Bavosi implicó correr un riesgo: ir en contra de una concepción cultural arraigada en la sociedad. Los padres podrían haber elegido no comprar ese tipo de libros que “no enseñaban nada”. Las maestras podrían haber optado por oponerse a ellos y no darles un espacio en las aulas. Por lo tanto, a todos los factores que podrían salir mal, se le sumaba otro: podía no venderse ni un solo libro.

La hora de la verdad

El tema de “lo comercial y no comercial” se instaló en la conversación y puso en el aire el sabor amargo de la tensión. De repente, Bavosi se reclinó en su silla y puso las manos sobre la mesa. Suspiró, cerró por unos segundos los ojos y volvió a incorporarse.

–Tuve épocas en las que me llegaban originales que me aterraban. Ese es uno de los problemas que tenemos en este país, que se sigue editando tanta... No lo puedo decir.

–¿Basura?

–¡Sí! Ese es el término correcto, porque yo iba a decir una palabra mucho más fuerte y no da. ¿Por qué pasa eso? Por el editor, que no tiene experiencia, que no tiene solvencia y no tiene ningún conocimiento de lo que es el niño.

–¿Se lo trata al niño como un producto?

–Exactamente. Ese es el problema del llamado “boom”. Más de un editor me dijo: “Ay, Ana María, conseguíme una Rowling y ya estamos hechos”. Es tristísimo.

Los hechos marcan que los uruguayos son reacios a los cambios, que muchas veces prefieren mantenerse en su zona de confort y no dar un paso hacia lo desconocido, aunque exista la posibilidad de que lo nuevo pueda ser mucho mejor. Por ejemplo, el Tercer Informe Nacional sobre Consumo y Comportamiento Cultural mostró que el 54 % de los encuestados estaba de acuerdo con la idea de que “a los uruguayos nos cuesta cambiar en lo cultural”: “El arraigo al pasado parece ser un tema reiterativo en los uruguayos”, reflexiona el análisis del informe (Castelli, Duarte, Dominzain y Radakovich, 2014, p. 37).

La colección *Leer para disfrutar y pensar* marcó el rumbo en las formas de hacer y de pensar al libro infantil. La renovación y la revolución llegaron en el momento justo, a una sociedad que, a pesar de ciertas estructuras y recelos, tenía latente la necesidad de tomar nuevos caminos. Así, en tan solo unos meses, la venta de libros infantiles en Uruguay aumentó en un 200 %, señala Bavosi. Y ese hecho, quizás, sea la cara más visible del *boom*.



Foto: © AFP Photo

La colección se vendió “como pan caliente” y se lograron cosas muy importantes, como que al poco tiempo se colocaran varios libros en el extranjero. En este sentido, Bavosi insiste en remarcar que esos ejemplares no salían más caros que un libro importado, pero que no puede obviarse que todo proceso editorial necesita un tiempo para instalarse, por lo que había que centrar los esfuerzos en dar a conocer las nuevas propuestas. No obstante, señala que no le dejaron gastar “un peso” en publicidad: “Un día uno de los de Mosca me dijo: ‘¿Vos te das cuenta de que con tres contenedores de juguetes chinos gano el doble que con esos libros?’”.

En los hechos, el nuevo modelo de libro infantil fue bien recibido y aclamado por niños y padres. Desde ese entonces y hasta la actualidad, la literatura infantil se ha posicionado en el país como el género más vendido. “El libro infantil es la oferta más amplia, la más diversificada. Es lo que más vende y más se consume. Es el sector más importante y tiene importancia en varios niveles”, reflexiona el presidente de la Cámara Uruguaya del Libro, Jorge Saracini (comunicación personal, setiembre de 2016).

Según señala Leroy Gutiérrez, tan solo en 2015, Penguin Random House, entre importaciones y publicaciones uruguayas, presentó al mercado 136 títulos de la división in-

fantil-juvenil. De ese total, cerca del 10 % correspondió a libros de autores nacionales. Y la venta de libros infantiles representó alrededor del 27 % del negocio del grupo editorial en Uruguay. En esta línea, Gutiérrez apunta que la literatura infantil también creció mucho en los últimos dos o tres años, y es una tendencia global, por lo que el género ha empezado también a tener cada vez más peso en el grupo editorial.

Cuando sucede el milagro

Aunque se muestra como una mujer fuerte, Bavosi no puede evitar emocionarse al recordar “aquellos días” y todo lo que se consiguió a posteriori. “Si es buena la propuesta estética y la calidad literaria, si el mediador está contándolo con respeto, brindándolo con cariño y afecto... ¡El milagro sucede! Ese chiquilín recibe en ese momento una dosis de algo que no conocía y todo cambia”.

Por ahí se suele escuchar que los niños leen cada vez menos, que los libros tienden a morir, que los más chicos nacieron con la pantalla en la cara y que nunca van a gastar su tiempo en pasar hojas con la mano, cuando pueden deslizar el dedo o dar un clic. Pero también se dice que las revoluciones pocas veces se dan en vano. En la década de 1990 todo cambió para siempre. Y aunque

ya pasaron más de 25 años, el camino que se abrió en aquel entonces sigue siendo el elegido por muchos. Así como hubo una renovación en ese momento, tras mucho tiempo de “más de lo mismo”, algún día se dará otro *boom* y alguien tendrá que contarlo.

“Es un mundo cambiante. Hay muchos niños que leen, hasta más que antes, porque antes no había qué leer y ahora sí. El trabajo de los docentes y el advenimiento de planes como el Ceibal están dando una generación de niños mucho más capaces e informados. Ahora hay muchos niños que escriben y que te dicen que les gustaría ser escritores. Cuando yo era niño, a nadie se le ocurría decir que quería ser escritor. Eso está cambiando”, afirma sonriente Roy Berocay, y agrega: “¡Los niños de hoy son mucho más inteligentes que nosotros!”.

Después de todo, ¿qué es el libro? ¿Qué es un libro infantil? Una aventura, un encuentro, un par de horas mientras llueve, un amigo de papel. “Creo que es fundamental para el niño poder encontrar en el texto y la imagen a alguien cómplice, que lo acompañe al firme en esta aventura tan grande que es comenzar a leer”, reflexiona la escritora Susana Olaondo (citada en Guzmán, 1999, p.18). De alguna manera, todos los renovadores coinciden en eso: un libro infantil es una oportunidad de crecer.

El cambio llegó para quedarse, y quizás algún día sea reemplazado por otro, pero, mientras tanto, existen por ahí hondos ríos de tinta no-negra que está esperando ser leída, aprehendida y usada. Usada como vehículo para soñar, para pensar, para preguntarse, para mirarse.

“Si hemos aprendido algo sabremos que lo que tenemos que darles a los niños son muchos libros distintos, de ahora y de antes, con mundos conocidos y con mundos extraños [...] Tenemos que darles muchos libros para elegir, pero eso sí; libros bien hechos, honestos, sin trampas ni segundas o terceras intenciones [...] Porque todo libro bien escrito siempre tendrá un lector esperándolo”, afirma Magdalena Helguera ya en el final de su nostálgico libro *A salto de sapo* (2004, p. 191).

Tal vez pasen otros treinta años y las cosas sigan igual. ¿Quién sabe? Quizás esta nueva generación de niños, para la que querer ser escritores no será igual de descabellado que querer ser astronautas, tenga algo bajo la manga. Algo tan diferente y tan revolucionario que el presente quede olvidado en lo lejano del polvo de un libro sin abrir. Pero si funciona, y si siguen despertando sonrisas en los niños, el resultado será uno solo: que suceda el milagro.

Referencias

- Castelli, L., Duarte, D., Dominzain, S., y Radakovich, R. (2014). *Imaginario y consumo cultural. Tercer Informe Nacional sobre Consumo y Comportamiento Cultural*. Recuperado de http://cultura.mec.gub.uy/innovaportal/file/66060/1/imaginarios_y_consumo_cultural_-_tercer_informe_-_2014.pdf
- Guzmán, M. (1999). Ocho miradas uruguayas a la literatura infantil. *¿Te cuento?*, 2(1), 14-19.
- Helguera, M. (2004). *A salto de sapo. Narrativa uruguaya para niños y jóvenes*. Montevideo, Uruguay: Trilce.
- Libros:
- Bava, S. (1990). *Adivina qué es*. Montevideo, Uruguay: Mosca Hnos.
- Berocay, R. (1991). *El misterio de la caja habladora*. Montevideo, Uruguay: Mosca Hnos.
- Berocay, R. (1991). *Pateando lunas*. Montevideo, Uruguay: Mosca Hnos.
- Cassinelli, H. (1990). *Fiesta de disfraces*. Montevideo, Uruguay: Mosca Hnos.
- López Suárez, S. (1990). *Derechos de la naturaleza*. Montevideo, Uruguay: Mosca Hnos.
- López Suárez, S. (1990). *Haciendo monadas*. Montevideo, Uruguay: Mosca Hnos.
- López Suárez, S. (1991). *¿Cómo nacen los libros?*. Montevideo, Uruguay: Mosca Hnos.
- López Suárez, S. (1991). *En el barrio*. Montevideo, Uruguay: Mosca Hnos.
- Mayans, E. (1992). *Mi ciudad*. Montevideo, Uruguay: Mosca Hnos.
- Murguía, J. (1992). *Retratos*. Montevideo, Uruguay: Mosca Hnos.
- Olaondo, S. (1990). *La tía Merelde*. Montevideo, Uruguay: Mosca Hnos.
- Olaondo, S. (1990). *Te lo dije, Nino*. Montevideo, Uruguay: Mosca Hnos.
- Olaondo, S. (1992). *Olegario*. Montevideo, Uruguay: Mosca Hnos.
- Revello, R. (1992). *José Juntacosas*. Montevideo, Uruguay: Mosca Hnos.